Juan B. Ambrosetti

Costumbres y Supersticiones en los Valles Calchaquíes (Provincia de Salta)

contribución al estudio del Folk-Lore Calchaquí

COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES

EN LOS VALLES CALCHAQUIES (PROVINCIA DE SALTA)

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL FOLK-LORE CALCHAQUI

Por JUAN B. AMBROSETTI

Al distinguido y meritorio americanista señor Samuel Lafone Quevedo.

El medio donde se practican las costumbres y se hallan arraigadas las supersticiones descritas en el presente trabajo, es el valle Calchaquí de la provincia de Salta.

En los valles, continuación de éste, pertenecientes á las provincias de Tucumán y Catamarca, muchas de estas mismas supersticiones y costumbres, forzosamente deben hallarse, quizás, más primitivas y depuradas de los anexos, que otros hombres y otras civilizaciones, han superpuesto en ellas.

Con ansia espero el prometido trabajo de mi buen amigo y distinguido americanista, señor Samuel A. Lafone Quevedo, sobre este tema, para poder dilucidar una cantidad de puntos obscuros aún, en el Folk Lore Calchaquí, el que mucho ayudará á los aficionados á estas cosas, para darnos cuenta del pasado de esos indomables indios, que supieron luchar con rara energía contra el invasor español.

La población actual de los valles, pertenece en su mayor parte á los restos de aquella raza de valientes.

Los retratos adjuntos, examinados con detención, bastan para aseverar lo que dejo dicho; ellos han sido tomados en el lugar

llamado *Luracatao*, á unas diez leguas al oeste del pueblo de Molinos, en plena sierra, donde es difícil que haya habido promiscuidad de sangre con otras razas.

La región Calchaquí, como medio, no puede ser más apta para la lucha por la vida, ingrata como es, con montañas áridas, desoladas, en las que sólo se eleva magestuoso el espinudo Cardón (1) de aspecto funerario, y barrida constantemente por furiosos vientos.

En los valles y quebradas de tierra muy fértil, se lucha con la escasez de agua, que el hombre debe domar y saber aprovechar con trabajos múltiples y pesados.

Los calchaquíes aislados entre aquellas montañas abruptas, siempre en guerra con los pueblos vecinos, debiendo disputar su alimento á la naturaleza inclemente con sacrificios múltiples, sufriendo las consecuencias de un clima parco en lluvias, forzados á trepar cerros, á bordear precipios cuya profundidad espanta, y siempre pobres, siempre esclavos de esa vida de labor sin descanso, debieron forzosamente ser un pueblo viril y rudo y, por lo tanto, supersticioso.

Vagando en las montañas, oprimido el pecho por la puna, cansados sus miembros por el continuo ejercicio entre las breñas inaccesibles, sobrecogidos de pronto por las nevadas horribles que se desencadenan de vez en cuando en las alturas, oyendo retumbar hórrido el trueño entre los abismos y quebradas, presenciando fenómenos eléctricos ó de miraje, y finalmente, perseguidos, sin cesar, por la adversidad en gran parte de sus empresas, verdadera *guigne* que le oponía esa naturaleza tan indomable como ellos, los calchaquíes hicieron intervenir en todo esto á la fatalidad sobrenatural, representada por un numen á quien había que conjurar: el Chiquí ó Vatí.

La tendencia del hombre en crear á sus dioses según su propio retrato, hizo que el Chiquí tuviera los caracteres morales de quienes lo temían, y, por esto, lo encontramos vengativo, sanguinario, feroz como ellos, que sólo se aplacaba conjurándolo con holocaustos sangrientos que le ofrecían, con más ó menos abundancia.

Como esto no bastase, y el Chiquí, á pesar de todo, continuara inexorable, nació en ellos la idea, ó quizás le fué importada, de propiciarse genios tutelares que tuvieran suficiente poder para conjurarlo, y de aquí surgieron las prácticas sangrientas del

(1) *Cereus*, *cactacea*.

sacrificio de niños, quienes, enterrados en preciosas urnas cerca de sus viviendas, velarían por la felicidad general, combatiendo al numen adverso.

La invasión Peruana adjuntó el culto de la *Pacha Mama*, y muchas otras prácticas supersticiosas en voga entre aquellos; y finalmente, la dominación española cubrió á todas estas creencias con un bárniz católico, que las modificó en parte, pero sin destruirlas del todo.

El presente trabajo trata de las costumbres y supersticiones que he podido recoger sobre las dos últimas épocas, es decir, desde la invasión peruana hasta nuestros días.

El trabajo es deficiente, porque difícil es, para el que no vive allí, el poder reunir muchos datos á lo que ésto se refiere.

Durante seis meses de permanencia, me he ocupado incesantemente del Folk Lore, ya sea tomando datos nuevos ó verificando los que ya poseía, á fin de depurarlos en lo posible de los agregados posteriores y de aseverarme de su estricta verdad.

Los actuales calchaquíes son muy desconfiados, no gustan hablar de estas cosas, puesto que siempre temen la burla de quien los oye, y porque en su mayor parte, las ceremonias revisten para ellos un carácter íntimo, que efectúan sólo dentro de su comunidad, para substraerlas á la vista de las personas profanas, de quienes están seguros que no han de recibir aprobación.

En los pueblos, en las iglesias, oyendo á las personas y sacerdotes, niegan la práctica de estas ceremonias, y las ocultan quizás hasta en la confesión; puede ser que algunos hagan propósito de enmienda, pero en llegados á sus montañas, colocados de nuevo en su medio ambiente, la herencia vibra otra vez en sus cerebros, el temor á la Pacha Mama surge delante de ellos, y las ofrendas y libaciones en su honor se repiten en cada una de sus faenas, con la persistencia de la idea fija.

Las prácticas cristianas, aprendidas á medias, y las supersticiones derivadas de ellas, surgen á su vez, y ante este conflicto de lo sagrado y profano; el cerebro inculto del indio no halla otra solución sino el asociar ambas cosas, y de allí nace esa curiosa promiscuidad de los dos ritos, que hallaremos á cada paso en sus ceremonias.

La tarea de recopilación la he emprendido desde Tolombón hasta Cachi, y no pocas excursiones en los valles del interior de los cerros de los Quilmes he efectuado, sólo con ese objeto.

La más importante y que mayores datos me dió, fué la que hice con mi buen amigo Juan R. Uriburo, al establecimiento llamado del Pucará, de propiedad de su señor padre.

El Pucará se halla situado al Oeste del valle Calchaquí.

Se penetra por una quebrada situada frente al establecimiento de la Cabaña, y tomando rumbo Sur, se llega al Pucará, que más ó menos viene á quedar al Oeste, casi frente á San Rafael, entre Gualfín y Guasamayo.

Allí, durante la noche, gracias á la buena voluntad de mi compañero, pude obtener varios datos de interés que me suministraron algunos peones, viendo que su patroncito se interesaba en ello, á lo que no poco contribuyó también nuestra liberalidad para obsequiarlos con un poco de coca, cigarros y uno que otro trago de aguardiente.

Asistieron á esta curiosa sesión de Folk Lore cuatro hombres y tres mujeres, una de ellas bastante despreocupada, pues había vivido algún tiempo sirviendo en casa de una familia del valle, y volvió á Pucará recién después de casada con uno de los peones; gracias á ella, los demás se franquearon, y pudimos tomar algunas notas curiosas y completar otras que ya poseía, como ser las prácticas funerarias, la hierra, etc.

Vueltos á la Bodega, hoy Angostura, la señorita Clara Uriburo, hermana de mi compañero, me tenía reunidos otros datos curiosos, que con rara habilidad había podido obtener de una vieja *medica* de la vecindad, principalmente los que se refieren al abandono del Espíritu y otros más, que venían á verificar los datos recogidos en el Pucará.

Además, previendo nuestra llegada, había citado á la tal médica con quien tuvimos otra sesión de Folk Lore, en la que volví á rectificar los datos obtenidos, dilucidando algunas cuestiones de detalle.

En Molinos y Seclantás, recogí mayores datos, que completé y rectifiqué junto con los demás en Cachi, donde me fueron muy útiles los que me proporcionaron la señora de Mena, la señora de Durán y la familia del señor N. Tedín.

Además, debo otros datos al señor Mariani, de Molinos, y á muchas otras personas; que ya comprobaban los que había recogido anteriormente, ó agregaban algún nuevo detalle á los mismos.

Como es de suponer, no me daba por satisfecho con un dato recogido al acaso, pues bien podía ser falso ó sin importancia; por el



J. B. AMBROSETTI, *Folk-Lore. Calchaqui.*

Grupo de Calchaquies de Luracatas.

(De fotografia de la Sra. Anastasia C. de Caccialue.)

contrario, lo anotaba para someterlo á la verificación de varios y fastidiosos interrogatorios, á un buen número de indios, peones en su mayor parte, y de distintos puntos.

Así, pues, no es extraño que haya datos que tengan más de treinta comprobaciones; pues recogido incompleto en Tolombón, recién lo llegaba, á fuerza de trabajo, á completar en Molinos ó Cachi, para lo cual había tenido que recorrerme todo el valle Calchaquí.

Para dar una idea de este trabajo paciente de recopilación, citaré un caso.

En Tolombón, tuve la primer noticia del Lavatorio de los bienes del difunto, de un modo vago. (Véase: *Prácticas funerarias*).

En las Chacras, departamento de San Carlos, supe que se efectuaba á los ocho días, y que lavaban no sólo la ropa, sino también los útiles.

En la Bodega y Pucará tuve conocimiento de que ahorcaban el perro que perteneció al muerto, y que quemaban las ropas.

En Molinos y Seclantás, por fin, supe el detalle del caballo y del lavatorio del viudo.

Y así por el estilo.

Esto se comprende fácilmente, si se tiene en cuenta de que á medida que subía por el valle, cada vez más penetraba en regiones en donde menos contacto tienen los indios con la población blanca, dada la clase de trabajos propios de cada una de ellas.

Los fotografías que ilustran este trabajo, las debo á la distinguida señora Anastasia C. de Cacciabue, quien las tomó, como ya he dicho, en la finca de *Luracatao*. Gracias á ella puedo presentar esos tipos tan interesantes, pues el que suscribe, después de emplear un sinnúmero de placas y trabajar con la mayor buena voluntad, fué víctima de la mala calidad de ellas que, en su casi totalidad, se perdieron.

LA COCA Y SU ACCIÓN

Entre los habitantes del valle Calchaquí, se halla muy arraigada la costumbre de Coquear, es decir, el mascar hojas de Coca.

Los peones no emprenden trabajo alguno, sin previamente hechar su *acullico*, como ellos dicen, ó lo que es lo mismo, ponerse en la boca una cierta cantidad de hojas de coca, que de tiempo en tiempo aumentan con otras más, á lo que llaman *Yapar el acullico*.

Los que tienen esta costumbre son llamados coqueros, y éstos para coquear necesitan además la *yista* ó *djista* ó *llicta*.

La *llicta* es una composición de cenizas de ciertas plantas ricas en potasa, mezcladas con un purré de papas hervidas, la que una vez seca, toma un color gris ó negro y una consistencia de piedra.

A ningún coquero falta ésta, y de tiempo en tiempo muerden un trozo, el que le produce, como es cáustica, un exceso de salivación y comunica, asimilándose las sales potasa y sosa que contiene con los compuestos de la coca, un sabor *sui generis*, que ellos reputan el *nec plus ultra* de lo agradable.

Como la acción de la *llicta* es cáustica y atrofia, si no destruye á la larga, las papilas del gusto, el coquero es casi siempre muy aficionado á los excitantes poderosos, como ser : el ají, el alcohol, el tabaco fuerte, etc., porque sólo á ellos puede hallar algún sabor, y porque también, á causa de los mismos, pueden contrarrestar la acción deprimente de la coca.

Esta acción, es curiosa de observarla en los individuos ya por demás viciosos; por lo pronto les produce la anestesia del estómago, de modo que con coca, pueden pasar algún tiempo sin comer, es decir, sin hambre.

Por esta razón, muchos se alimentan mal, haciéndose la nutrición de un modo irregular ; así, es raro encontrar entre los coqueros individuos gruesos.

Los sentimientos afectivos también se atrofian. Entre aquella gente, con pocas excepciones, se hallan personas de carácter jovial, sus caras son como las de las estatuas, inmóviles casi siempre, y sólo en las grandes ocasiones, cuando se encuentran bajo la acción del alcohol, es que prorrumpen en risotadas intermitentes, pero nunca continuadas.

Un indiferentismo fatalista se apodera poco á poco de ellos, estribando toda su felicidad en poder continuar mascando las terribles hojas, y así se someten incondicionalmente á los más duros trabajos y privaciones, sin tratar de mejorar de suerte, sin hábitos de economía, sin ninguna aspiración, mientras no le falte el acullico.

En el coquero, se produce el mismo vértigo que en el alcoholista, en el morfinómano, en el que usa del aschís, etc.; el zumo acre de la coca tiene para él un encanto especial, y yapando su acullico pasa su vida, en medio de sus montañas, como un sonámbulo, entregado á sus quehaceres y prácticas supersticiosas; y, si cuando baja á algún pueblo, un chispazo de luz cruza su cerebro adormecido, haciéndole dar cuenta de su pobre situación, se apresura á desecharlo, ahogando sus pesares con abundante alcohol.

Los coqueros justifican á su modo este repugnante vicio, y hasta relaciones en verso tienen para ello, como la siguiente, que es la síntesis de ese raro placer, con todas sus consecuencias.

RELACIÓN PARA COQUEAR

Jesús, María, coca de Yungas,
Contra matrimonio con Pedro.
Llicta vecino de Estarca,
Si alguno tiene un impedimiento
Puede manifestarlo con tiempo.
Con la muela mascarte,
Con la lengua arrinconarte,
Con la llicta *misquincharte*
Con el aguardiente sazonarte,
Con el vino consagrarte,
Con la chicha refrescarte,
Con la aloja confortarte,
No coqueo por vicio,
Ni tampoco por el juicio,
Sino por el beneficio.

La coca, como se verá en el transcurso de este trabajo, juega un gran rol en todas sus prácticas supersticiosas, con ella hacen ofrendas de toda especie, siendo la base de gran parte de sus ceremonias.

Cuando están por emprender cualquier cosa, un viaje ó un negocio, por ejemplo, recurren á la coca del modo siguiente: mojan con saliva una hoja entera y se la pegan en la punta de la nariz,

luego dan un soplido fuerte y se fijan de qué lado ha caido ; si del derecho es suerte, si del izquierdo, desgracia.

Muchos tienen fe arraigada en la eficacia de este procedimiento, y rara vez emprenden nada, si la coca les ha anunciado mala suerte.

Esta costumbre es muy antigua, y es de origen peruano, puesto que en la época precolombiana existían hechiceros que adivinaban las suertes, haciendo saltar la saliva de la mano ó el zumo de la coca, hacia donde se hallaba lo perdido, á quienes llamaban *Achicchacamac* (1).

Si han parado rodeo del ganado vacuno, y ven que les faltan algunos animales, los camperos ó encargados de reunirlos empiezan á coquear y separan del montón, tantas hojas grandes ó chicas, según sean los animales que falten, novillos, vacas grandes ó terneros, diciendo al sacar una por una : ésta es la vaca Yagüané, éste el novillo colorado, ésta la ternera osca, etc., según los colores de cada uno.

De este modo, dicen que tales animales no se perderán y caerán pronto al rodeo.

LA PACHA MAMA

La Pacha mama, dice y con razón, el erudito americanista señor Samuel A. Lafone Quevedo (2), es el nombre que se da en muchas partes, al numen local ó *Genius Loci*. Parece que fuera la fuerza femenina del Universo.

En el mismo trabajo, este autor agrega : « El culto de la Pacha Mama fálico, como es, simboliza la fe en la fuerza reproductiva de la tierra, ideada como en el seno de la mujer ».

La traducción de esta palabra es Madre de la Tierra : Pacha = tierra, Mama = madre ; pero todos los calchaquíes de Salta traducen Madre del Cerro ó de los Cerros, puesto que creen que ella tiene sentados sus reales en aquellos.

En el Pucará, preguntando á una mujer, que en esto de Folk

(1) Véase : Samuel A. Lafone Quevedo. *El culto de Tonapa. Revista del Museo de La Plata*, t. III, pág. 320 y siguientes.

(2) *El culto de Tonapa. Revista del Museo de La Plata*, t. III.

Lore mucho me sirvió, á propósito de lo que era la Pachamama, me dijo:

Que era una mujer vieja, madre de todos los cerros y también su dueña, pues en ellos vivía.

Si por casualidad, algún viajero, andando por los cerros, llegaba á verla, quedada irremisiblemente en ellos, ya desde ese momento, ó ya volvía á su casa tan influenciado, que el retorno á la mansión de la Pachamama se hacía imprescindible y rápido.

La clase de influencia que ésta podía ejercer en los hombres no me la supo explicar; pero, mucho me sospecho, que esto tenga algo que ver con alguna unión semi-marital, parecida á las que se hallan en algunas leyendas guaraníes (1); total un algo que apunta hacia lo fálico.

De ese modo se explicaba, el por qué había gentes tan aficionadas á vivir en los cerros, y la no vuelta de otras que no aparecieron más.

Siendo la madre de los cerros, hay que propiciársela en todo tiempo, porque de ella depende el éxito de cualquier faena que esté vinculada con la producción.

Su gran influencia llega hasta las personas, las cuales no comen, ni beben, ni coquean, sin antes derramar la parte que corresponde á la Pacha mama, invocándola de palabra ó mentalmente, con la frase consagrada:

Pacha Mama — Santa tierra
Kusiya Kusiya

es decir: Pacha mama, tú que eres dueña de la Santa tierra, haz que esto me haga buen provecho, ó me vaya bien en la faena que voy á emprender.

En el curso de este trabajo, se verán las ofrendas que se le hacen, en el detalle de las diferentes ceremonias, por las cuales el lector se dará cuenta de la omnipotencia que le adjudican.

Esta veneración par la *Pacha mama* no tiene límite, y raro es, entre la gente de allí, el que no le haya hecho su ofrenda por cualquier causa.

Si se trata de un viaje, se la invoca; al pasar por ciertos lugares,

(1) Véase nuestro *Folk Lore Misionero, leyendas de la Caá-Yarí y Caá-porá*, en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos-Aires*, t. I, entrega 5ª.

se hace lo mismo, y se deposita el acullico; si se extrae arcilla para hacer objetos de alfarería, se la retribuye con cualquier ofrenda, etc.

A propósito de esto último, me ha sido referido, que cerca de *Seclantás*, hay un gran socavón, del cual, hace años, las mujeres extraen una arcilla baya para fabricar sus tinajas, y que colocadas en las grietas del mismo hay un sinnúmero de ofrendas, consistentes en pedacitos de trapo, envoltorios con coca, llicta, papel, tabaco, cigarros y otros muchos objetos sin valor, puestos por las mismas mujeres.

CREENCIAS RELIGIOSAS

El elemento indio de la población del valle Calchaquí, puede decirse que no tiene fe religiosa, en el sentido verdadero de la palabra.

Es puntual en la observación de las fiestas y ceremonias religiosas, como también lo es, cuando se trata de hacer ofrendas ó de invocar á la Pacha Mama; de modo que en él, la religión cristiana no ha hecho más que aumentar el número de sus supersticiones, sin disminuirle las muchas que ya tenía, cuando los españoles entraron á esa región; lo único que el credo católico ha conseguido allí, es simplemente modificar ciertas prácticas crueles y obscenas que en una época, parece, estuvieron muy en boga entre ellos.

El cerebro poco educado, infantil casi, de los indios que me ocupan, demasiado influenciado por la herencia de sus costumbres primitivas, no podía entrar de lleno en una evolución progresiva hasta poder comprender el ideal religioso, sin tropezar en ese camino, con los mil obstáculos que le oponía la fuerza regresiva del atavismo de supersticiones que pesaba sobre ellos.

Este empacamiento intelectual, diremos, no es un fenómeno raro, por el contrario, todos los días lo observamos aún entre nosotros, en los individuos cuya educación ha sido limitada ó carece de una base sólida.

La senda de la evolución religiosa, es sumamente difícil de ser recorrida sin una preparación que preste á la mente una serenidad tal, que le evite de caer en la superstición.

En la clase del pueblo, y aún en la media, no es difícil hallar

ejemplos á cada paso, y si así no fuera, no podrían vivir tantos charlatanes, adivinas y demás gentes del oficio, que viven á costillas de la estupidez ó credulidad infantil que es inherente á las cuatro quinta partes de la humanidad.

Entre los jugadores y hombres de sport, aun cuando sean de la mejor clase social, es frecuente también la superstición, y de allí ese cúmulo de mascotas ó talismanes que muchos poseen, para propiciarse la buena suerte en sus vicios del tapete verde; todo esto combinado con mil cálculos que todos hacen, sin fijarse que el juego es de azar y desbarata en un tris-trás todas sus ilusiones.

Ahora bien, si la superstición se halla aún arraigada poderosamente hasta en las grandes ciudades, ¿qué extraño tiene que también haya sentado sus reales en el cerebro inculto de los indios?

Además, los indios subyugados, oprimidos por la codicia jamás satisfecha de los conquistadores y encomenderos, nunca pudieron comprender las razones del por qué se les predicaban los principios de una religión que son los más republicanos y morales que haya, en los cuales no flotan sino los sentimientos sublimes de amor y caridad, cuando con ellos no se practicaban.

Faltándoles esta base, los indios no vieron en los sacerdotes sino la continuación de sus agoreros, y en las imágenes otro fetiches menos monstruosos que los que antes adoraban.

Siguiendo las tendencias infantiles, que son inherentes á todos los salvajes, los indios se apasionaron por las imágenes en las que veían figuras humanas, reconocibles á primera vista, y por las ceremonias religiosas que los imponían con su pompa, y los entretenían con la participación que en ellas tomaban.

El incienso, los ornamentos vistosos del sacerdote, la multitud de velas en los altares, las flores, el ornato de los templos, las procesiones, con su cortejo de banderas, música, cohetes y descargas de fusilería, todo ese conjunto llamativo, debió naturalmente herir su imaginación infantil, y sin esfuerzo alguno abrazaron desde el primer momento una religión que les proporcionaba pasatiempos agradables, pero cuyos principios no entendieron nunca.

Como todo esto era cuestión de exterioridad, conservaron en su ser íntimo la religión de sus abuelos, tanto más fuertemente, cuanto que sus prácticas eran prohibidas y vituperadas á *prima facies*, sin explicaciones, ni razonamientos sencillos y convincentes, resultando con ellos, lo que sucede con todos, que cuanto más se prohibe una cosa, mayor deseo se tiene de ella.

Todas las familias indias poseen, en general, una imagen del santo de su predilección, ya sea en un cuadro, ya de bulto, estos últimos de pequeño tamaño.

La mayor parte son de importación Boliviana, y de una factura generalmente tosca y bizarra.

Casi todos se hallan encerrados en cajoncitos especiales, pintados de colores churriguerescos con dos puertas en su parte anterior, de modo que puedan abrirse y cerrarse á voluntad.

Algunos de estos cajoncitos tienen tres santos, uno, el principal, ocupa el centro y los otros dos, de yeso pintado, se hallan pegados en la parte interna de ambas hojas de las puertas.

Cuando no han podido conseguir santos de bulto, los sustituyen con otros de yeso ó pasta en alto relieve, encerrados en relicarios ó medallones de lata ó metal, con su correspondiente vidrio para que puedan ser vistos.

Para la fiesta del santo, según lo indica el almanaque, todos los años lo llevan al pueblo más próximo á fin de hacerle decir una misa, casi siempre cantada, con la procesión de ordenanza.

La conducción del santo se efectúa colocándolo en una angarilla especial, con un toldo que le cubre totalmente, á fin de que no tome sol; cuatro personas, de cualquier sexo, lo llevan en andas precedidas por otra también á pie, casi siempre un hombre, que, durante la marcha, va tocando la caja ó tamboril.

Este personaje, ó cajero, como allí lo llaman, es indispensable en toda conducción de santos, pues sin este requisito no andaría bien, ó no quedarían satisfechos los que lo van á festejar, por creer que él forma parte principal de los honores que se le deben tributar.

El tamboril es circular y de aro bajo, tiene una vaga reminiscencia con las cajas prusianas de guerra; generalmente lo llevan suspendido con la mano izquierda, ó colgado debajo del brazo del mismo lado, y es tocado con uno ó dos palillos que tienen en su extremidad una pelotilla de trapo.

De este instrumento se sirven también para acompañarse en sus cantos de carnaval. Casi todos los ranchos poseen uno y son de un peso muy reducido.

Detrás del santo, van algunos fieles á pie, rezando el rosario ó cualquier oración, y luego en larga fila, siguen los demás acompañantes, hombres, mujeres y chicos, encaramados en caballos, mulas y burros, ya solos ó con alguno en ancas.

De tiempo en tiempo, los que llevan el santo en andas, se remudan con otros de los que vienen á caballo, montando los relevados á su vez, para descansar un poco.

Sólo el cajero sigue sin relevo durante toda la marcha, aún cuando ésta sea de diez leguas, fiero de su puesto y gozando al són del compás monótono de su instrumento, el que dificilmente cedería á otro.

Llegados al pueblo, se hace repicar para que se reciba dignamente á la imagen, disparándose al mismo tiempo varios escopetazos y haciendo estallar algunas gruesas de cohetes.

Antes de llevar la imagen á la iglesia, se la conduce á casa de alguna vecina, para componerla.

Hay ciertas personas que se ocupan de ésto, y tienen ya preparadas varias guirnaldas de flores de trapo y de papel picado, con que adornan el templete debajo del cual se halla el santo.

Algunas compositoras lo hacen por fe religiosa, y otras, por tener el pretesto de vender algunas tinajas de chicha fabricada *ad hoc* para el consumo de sus numerosos clientes, los que son infaltables en sus fechas respectivas.

Compuesta la imagen, hay nuevos repiques, nuevos tiros y nuevos cohetes, y en medio de toda esta batahola se la lleva á depositar á la iglesia, donde queda hasta el día siguiente, colocada á la derecha del altar mayor, sobre una mesa, para decirle su misa correspondiente.

Esa noche, los fieles para empezar á festejar al santo de su devoción, se entregan á libaciones copiosas y á los pintorescos bailes de la tierra, pero á pesar de todo, nadie falta á la función religiosa de la mañana siguiente, pues saben en estas ocasiones conservar su integridad individual en el justo medio.

La fiesta religiosa se compone de una misa cantada, con mayor ó menor pompa, según los posibles de los fieles y de una procesión de la imagen alrededor de la plaza, precedida por los que costean la fiesta, que en este caso se llaman *alferéces* y que llevan, el que tiene mayor derecho, una bandera ó estandarte y los otros dos que le siguen en contribución, unas cintas que penden del asta de la misma; además, todos cargan con un cirio encendido.

De tiempo en tiempo, estos tres personajes hacen un alto y se dan vuelta, saludando con el estandarte, á lo que llaman hacer la venia al santo.

Delante de todos va la música, generalmente un clarinete y un

bombo y al lado de éstos el cantor de la iglesia, que recita unos salmos con acompañamiento de esta singular orquesta, que á intervalos, mientras que aquél descansa, cambia de tiempo, y suena unaalegre marcha.

Las campanas continúan repicando durante el trayecto, mientras los encargados de la pirotécnica, redoblan sus esfuerzos reventando cohetes y descerrajando fenomenales disparos con sus fusiles de chispa ó fulminante, que cargan con porciones de pólvora inverosímiles.

Una vez vueltos á la iglesia, hacen buena provisión de pólvora, cohetes y alcohol, y con las mismas fórmulas se llevan el santo á sus domicilios, donde hace el *Misa chico*.

El *Misa chico*, consiste en rematar algunos adornos del santo, divididos en porciones diminutas que llevan los asistentes á sus respectivas casas, para que le sirvan de reliquias.

Por estos, cada uno da un tanto en dinero, el que se conserva para ayudar á pagar las costas de la función que le harán el año próximo.

Terminado el Misa chico, guardan el santo con quien ya nada tienen que hacer, puesto que han cumplido con él, y al són de la música terminan la fiesta del modo acostumbrado : alcohol y baile.

Esto último demuestra una vez más lo que dejo dicho sobre las creencias religiosas de aquella gente.

Para ellos, todo está en cumplir con ese deber que se han impuesto de practicar tal ó cual ceremonia ; terminada ésta, se creen tan desligados de compromisos religiosos como el primer día, y, con toda ingenuidad, se entregan á los mayores excesos, con la conciencia tranquila del deber cumplido.

Un hecho muy curioso sucedió no hace muchos años en el distrito de *Payogasta*.

A un señor sacerdote se le ocurrió para redimir almas, hacer una procesión de penitentes con todo el cortejo de flageladores y demás arrepentidos, total un retazo de la Edad Media transportado en aquel rincón de los valles en pleno siglo XIX.

Los penitentes se portaron ; la mayor parte con pedazos de cacteas en la cabeza para sufrir el pinchazo de sus espinas, unos cargando pesadas cruces en los hombros, otros sacudiéndose las desnudas espaldas con disciplinas fabricadas al efecto, otros caminando á duras penas con los granos de maíz que habían colocado

dentro de sus botines, otros, en fin, dando encontrones con el cuerpo contra las zarzas y espinas de los cercos de ramas, y todos, hombres y mujeres, llenos de santo arrepentimiento, llorando á gritos y dando furibundos alaridos, quizás, para sacarse del cuerpo los pecados, marcharon un gran trecho, purgando así sus penas reales ó imaginarias, al són de los chasquidos de los látigos, ó bajo el peso aplastante de las cruces.

Tarde ya, terminó la procesión; una hora después, los penitentes, reunidos en casa de una de las Magdalenas, que más arrepentimiento había mostrado, que más llanto había prodigado y más disciplinazos se había administrado, se entregaban á un pintoresco baile y á un beberaje desenfrenado, quizás para resarcirse del mal rato pasado, cuyas penitencias y mortificaciones parece los hubiera excitado más.

Esto prueba, una vez más, mi aserción anterior.

Con respecto á los santos que tienen, y por los cuales son tan afectos, tienen también sus ideas raras.

Los más preferidos son los que se hallan representados con animales, por creerlos protectores de éstos, y por lo tanto, cuidadores celestiales de los que ellos poseen.

Así, pues, San Marcos preside á sus yerras, porque lo pintan con el toro.

San Juan, las señaladas de corderos, porque es representado con ese animal.

Santiago, las carreras y todo lo concerniente á los caballos, por estar montado sobre uno de ellos, y así, por el estilo.

En el día de este último hacen hervir el maíz en mazorca, á lo que llaman *Tistincha*, y lo comen rezando Padre nuestros y Credos.

En muchas casas, convidan á los vecinos á comer y hacen galopar á los caballos para que no se mueran. Casi siempre, para entonces, hay carreras.

En el día de San Juan, juegan con baldes de agua, como si fuera carnaval, y la noche anterior hacen grandes fogatas, incendiando las plantas secas de las márgenes del río Calchaquí, lo que da por resultado, muchas veces, que ardan grandes extensiones, y el fuego se comunique á los numerosos cercos de rama de los potreros vecinos.

El santo que peor tratan es San Antonio, porque dicen que necesita rigor.

Lo invocan para encontrar objetos perdidos, si pronto no los hallan, le hacen las siguientes afrentas :

Taparle la cara con un trapo colorado ;

Clavarlo de cabeza en el suelo ;

Hecharlo entre las tunas y cácteas ;

Tirarlo al suelo ;

Hacerlo pisar dinero ;

Retarlo ;

Castigarlo ; y

Por fin, pisarlo en el mortero.

Muchas de estas creencias son de importación española ó boliviana.

Á propósito de estas últimas, voy á referir una práctica curiosa, que ya se ha perdido, pero que hasta el año 1873 ó 1874 subsistió cerca de la ciudad de Salta, en un barrio especial llamado del Chañar, habitado en su mayor parte por bolivianos, á los que llamaban Cochabambinos, por ser casi todos ellos de la provincia de Cochabamba.

Todos los años, los tales cochabambinos, hacían una fiesta especial, con el objeto de sacar almas del Purgatorio.

De un alto árbol, colgaban un gran columpio, los voluntarios se hacían hamacar en él, hasta poder alcanzar á agarrarse de un gajo de los de arriba.

Si lo conseguían romper, el alma salía del Purgatorio, en caso contrario, quedaba hasta que algún otro lo conseguía.

No es difícil comprender que en este peligroso juego, más de uno se daba un buen porrazo, fracturándose alguna costilla ó un miembro cualquiera, pero no por esto la fiesta cesaba, abundando, por el contrario, los porfiados, que envalentonadas por el alcohol ingerido en la jarana general, tentaban su suerte ó su porrazo.

Esta singular costumbre debe de tener un origen remoto y seguramente pertenece á la época pre-colombiana; quizá algún día podremos reconstituir su verdadera razón de ser, por ahora no nos queda más que consignar el dato.

ENFERMEDADES Y MODO DE CURARLAS

Cuando aquella gente se siente enferma, y los síntomas revelan una afección interna, diagnostican inmediatamente: si el paciente es hombre, que se le ha subido el *padron*, y si es mujer, que la *madre* ha cambiado de lugar.

Tanto la Madre como el Padron, creen que sean órganos especiales que llevan suspendidos en el interior del cuerpo, entre el pecho y el vientre.

Como son sumamente desconfiados, y por lo tanto, reacios para tomar medicamentos, llaman á sus *medicas*, á fin de que los curen.

Estas, después de su diagnóstico, les administran brevajes de yuyos silvestres, ó hacen ciertos exorsismos con cintas ó papeles azules.

Muchos, como he tenido ocasión de observar en Cachi, llevan como preservativo para toda enfermedad y desgracia, una pequeña cruz de palitos delgados, cosida en la copa del sombrero, y en la parte delantera, lo mismo que usaban los soldados católicos en tiempo de los Hugonotes en Francia, con la diferencia de que la cruz es más pequeña.

Otros, para vivir muchos años, no trepidan en tomar sangre de cóndor, porque creen que es un animal de larga vida, y según ellos, incorporan así á su economía, las propiedades que tiene aquella ave.

Esta creencia es común á muchos pueblos; conocida es la costumbre de algunos en comerse, después de un combate, el corazón ó parte del enemigo muerto, para incorporarse así su bravura.

Entre los guaraníes, tenemos el uso de ciertos objetos animales, con el mismo fin, como, por ejemplo: entre los yerbateros paraguayos, hay la costumbre de hacer las alzas ó correas para conducir á hombro la yerba, de cuero de Tapiro, pues dicen que, como este animal es de mucha fuerza, esas correas se la transmiten á ellos.

Sobre esto hay muchos otros ejemplos, que describo en mi trabajo: *Nuevos datos para un Folk Lore misionero.*

Pero la superstición más curiosa que tienen es, cuando la *medíca* ha diagnosticado, que al enfermo *se le ha ido el Esperito* (Espíritu), y esto sucede hallándose el enfermo en estado comatoso, ó medio loco, á causa de algún gran golpe ó de una formidable borrachera, y en cualquier caso en que haya algún síntoma mental.

Ellos creen que cada uno de nosotros tiene un espíritu ó alma que tiene la facultad de desprenderse del cuerpo, dadas ciertas circunstancias especiales.

Esta propiedad del alma es mayor en los niños; así, pues, hay madres que para que sus hijos no pierdan el Espíritu, los fumigan con basuras que recogen en los cuatro ángulos de su casa, las que hechan sobre un pequeño fuego, después de rezar un Credo.

Otras, además de esto y más previsoras, todas las tardes hacen recorrer por otras chinas, los lugares dondes han andado las criaturas, con el objeto de que llamen á gritos á sus respectivos espíritus, lo que hacen llamándolos por los nombres de las mismas, á fin de que no vayan por casualidad á quedarse perdidos por allí.

Entre las personas de cierta edad, hay la creencia también de que cuando duermen y no sueñan en algo, es porque durante ese tiempo, se les ha ido el espíritu.

Cuando á un enfermo lo ha abandonado el *esperito*, por haberle dado un síncope, etc., llaman á la medíca para que se lo vaya á traer, á lo que accede gustosa, mediante la remuneración establecida en estos casos.

La ceremonia es muy interesante y tiene que efectuarse de noche ó al obscurecer.

Primero la medíca empieza por averiguar el lugar por donde ha andado el enfermo, un cerro naturalmente, puesto que allí es donde debe haberse asustado de algo, haber visto á la Pacha mama, por ejemplo, ó haberse cansado en cualquier correría.

En seguida, y antes de dirigirse al punto indicado, pone una vela encendida debajo de un *virque* ó tinajón de barro, en la puerta de la habitación del enfermo y lleva, si este es hombre, su faja, y si es mujer su rebozo.

Con esto y acompañada de dos hombres, pagos en este caso, y llamados por la función que deben desempeñar : gritadores, que llevan hachones encendidos ó tizones ardiendo, marcha la medíca al lugar en donde presume encontrar al espíritu calavera.

Llegada allí, hace una libación á la *Pacha mama*, y entierra chi–

cha, comida, coca y llicta, pronunciando la siguiente invocación, mitad cristiana, mitad pagana :

Pacha mama — Pacha canca
Pacha lúntu — Señora Santa Ana,
Ondura aucu marco
Patron largapúai
Amacutichipuaicho.

Lo que más ó menos significa, un pedido que le hace á la *Pacha mama* ó madre del cerro, para que le largue el espíritu, no se lo retenga más ó no se lo haga quedar allí.

Terminado esto, los gritadores, revoleando sus tizones en el aire, empiezan á llamar al espíritu, pronunciando el nombre del enfermo á grande voces y al mismo tiempo todos se dan vuelta y acompañan, ya sin mirar para atrás, á la *medica* que va arrastrando por el suelo la faja ó el rebozo del enfermo, hasta llegar á casa de él, á cuya habitación penetran.

La *medíca* saca debajo del tinajón la vela encendida, y con ella en la mano, después de haber colocado debajo de la cama del enfermo y en el centro, la prenda que venía arrastrando, da vuelta al rededor de él rezando Credos hasta que cree conveniente.

Terminados los Credos, apaga la vela, colocándola debajo de la almohada del paciente, con lo cual todos se retiran, dejándolo completamente solo hasta el día siguiente, para que el espíritu pueda, sin ser molestado, introducirse otra vez en el cuerpo de donde salió.

Esta superstición sobre el espíritu, recuerda al *doble* de los antiguos egipcios, con quien tiene muchos puntos de contacto, porque precisamente los calchaquíes, sin darse cuenta, parece que no lo asimilaran al alma, puesto que hallándose vivos los individuos, el espíritu se le va, de modo que hay que suponer, no pudiéndolo explicar ellos, que sea, en su modo de pensar, una segunda alma, un *doble*.

PRACTICAS FUNERARIAS

Un enfermo está mal, en el rancho reina un profundo silencio, interrumpido sólo por sollozos comprimidos de alguna mujer que presiente el fin desgraciado de la enfermedad.

Los hombres, con sus caras inmóviles, toman actitudes de estatuas; de vez en cuando se les nota el cambio del acullico en la boca, ó muerden de tiempo en tiempo un pedazo de *llicta*.

Mientras tanto, en la cocina, las ollas de barro hierven sobre el fuego, cocinando el locro cuotidiano, ó algún yuyo medicinal que deba tomar el paciente.

Hombres y mujeres, con el sombrero puesto, ya sentados ó de pie, esperan con esa resignación propia de los fatalistas á que el mal tenga su desenlace, ó ya vienen ó se van para volver luego, con su andar de sombras.

El delirio de la agonía empieza, los presentes se miran con angustia, escuchando con dolor, las frases incoherentes del moribundo.

Algún viejo, menea tristemente la cabeza, y con voz persuasiva declara que todo está por concluirse, porque el enfermo ha sido abandonado por su espíritu, el que en esos momentos recorre los lugares por donde otra vez viajó el moribundo, despidiéndose de ellos, y de todos los amigos que allí tuvo.

El período del estertor sobreviene, el enfermo se muere, razón más que suficiente para que los suyos no esperen el último suspiro, y cubriéndole la cara con un pañuelo, se retiren después, para dejarlo morir en paz.

Este abandono que parecerá á muchos un algo inconcebible y cruel, es un gran paso que los Calchaquíes actuales han dado en entido del progreso en cuanto á sus afecciones.

Antes, no hace muchos años, los agonizantes eran *despenados*, y en prueba de ello, transcribo un párrafo del señor S. Lafone Quevedo (1) á propósito de esta cruel costumbre.

(1) *Lóndres y Catamarca.* Cartas á «La nación», 1883-85. Imprenta y Librería de Mayo, 1888, pág. 124.

«En aquellos tiempos, cuando recién llegué al país, había ciertas mujeres que solían ser llamadas para ultimar, como enfermeras, á esos desgraciados que prolongaban demasiado la agonía de la muerte.

« Los curas y las autoridades, perseguían esta horrenda costumbre, pero se hacía con gran sigilo; la del hecho no creía pecar ni venialmente, y muchos infelices anticipaban su viaje á la eternidad, con un movimiento de artista, que les quebraba el espinazo.

«Es horrible este cuadro, pero, más tarde, los llorones, á gritos hacían honor al muerto, y el padre nuestro y otras oraciones cantadas antifónicamente reproducían ceremonias del tiempo de la idolatría, vestidas con algo de los símbolos del cristianismo que ponían remedio al mal.»

Al día siguiente, al llevarlo á enterrar, los deudos prorrumpen á gritos, la viuda se ha destrenzado, y con el pelo suelto, va delante del ataud lanzando gemidos, y dejando correr abundante llanto.

Si así no lo hiciera, los encargados de cargar con el cajón no podrían transportarlo, porque *él aumentaría de peso extraordinariamente* (1).

Al depositarlo en la fosa, el cónyuge sobreviviente toma un puñado de tierra, y lo derrama sobre el cajón en forma de cruz, luego los demás se despiden del mismo modo, y la llenan clavando sobre ella una cruz de madera. Dentro del cajón, una mano piadosa ha colocado un atadito de coca y un poco de *llicta*.

Han pasado ocho días, la viuda continúa con el cabello suelto.

Los parientes y amigos, vuelven á reunirse en la casa mortuoria para proceder al *lavatorio*.

Para esto, la noche anterior han velado las ropas del muerto, colocadas sobre una mesa ó en el suelo, de modo que tengan forma humana.

Al siguiente día temprano, se dirigen todos hacia el río ó arroyo más próximo, llevando el caballo ensillado, el perrito, y demás objetos pertenecientes al finado, sin olvidar las ropas, el arado, la pala, en una palabra, todo lo que en vida usó (2).

(1) Cuando se trata de personas casadas, es de práctica que el que queda viudo, de cualquier sexo que sea, encabece el acompañamiento, porque sino, dicen que el cadáver no quiere ir al cementerio.

(2) Si la muerta ha sido mujer, llevan sus husos, peines, lizos, y demás piezas del telar, ollas y todos los objetos que le pertenecieron.

Una vez allí, los amigos empiezan por lavar á la viuda haciéndola bañar, y después recién la peinan, cuando le han lavado bien la cabeza (1).

Terminada esta operación, proceden al lavaje minucioso de todos los útiles; al caballo, después de lavarlo, lo tuzan y componen, largándolo en seguida.

Al perrito, después de haberlo lavado, le dan bién de comer, y cuando todo se ha concluido lo ahorcan, y entierran junto al sitio del lavaje, para que su alma sirva de cabalgadura al alma del finado.

Vueltos á la casa mortuoria, si es posible planchan la ropa lavada con prolijidad, y algunos, terminado ésto, la queman, seguramente para que vaya también á reunirse con su antiguo dueño.

Otros la guardan hasta el cabo de año, para usarla recién después de la ceremonia que entonces efectúan.

Para esa época, vuelven á reunirse los parientes y amigos, si les es posible, van al pueblo más próximo, en donde hacen decir una misa por el descanso del alma.

Terminada ésta, vuelven todos á la casa mortuoria, prorrumpiendo al llegar en grandes gritos y lamentaciones, en los que toman parte todos los acompañantes, que hacen coro á la viuda desolada.

Luego se sientan alrededor de la casa y conversan en voz baja, entreteniéndose en coquear y tomar chicha y otras bebidas alcohólicas, hasta las doce de la noche, hora en que la viuda aparece de repente, vestida con un traje de color rojo, para indicar así que se ha despojado del luto, entonces los presentes abandonan su compostura, y dan principio á un baile que se sigue hasta el otro día, en medio de sendas libaciones y gran algazara.

Llega el 1° de noviembre, día de todos los santos, y entonces en todos los hogares, se preparan para efectuar la cena de las almas de los que murieron, la que tiene lugar esa noche, como víspera del dia de los difuntos.

Para este día los deudos visten de luto, y matan cabras, corderos, gallinas, etc., que cocinan del mejor modo posible.

Preparan una mesa, en donde colocan tantos platos como muertos tenga la familia, é igual número de velas encendidas.

(1) En Molinos, últimamente lavaron á un viudo de setenta años de edad, enfermándose de resultas del baño, de una neumonia que lo mató.

Además, colocan también sobre la mesa, las primicias de las frutas secas que han conservado para este acto, los primeros quesillos, la primer chuchoca (1), la mejor coca, cigarros, abundante aguardiente, chicha y aloja de algarrobo que para el efecto han preparado; en una palabra, todo lo mejor que pueden ofrecer ya sea de comestibles, bebidas ó vicios, hecho lo cual cierran la puerta y no penetran más en el cuarto hasta el día siguiente.

Durante esa noche rezan el rosario, y velan al exterior del cuarto, esperando que las almas que ellos creen de viaje, vengan y se sirvan sus porciones.

Al siguiente día, á las doce, abren las puertas, y después de haber enterrado en el fogón parte de la comida y bebida, ó según costumbre de otros, echado al fuego esas porciones de los muertos, reparten el resto entre los asistentes, quienes, á la salud de los que fueron, se entregan á las libaciones acostumbradas, en medio de una jarana general que algunas veces termina con bailes y cantos.

Esta curiosa costumbre, no hay duda que en su origen es india completamente, siendo la ofrenda de alimentos á los muertos, muy parecida á la que los antiguos egipcios hacían á los suyos.

Lo que más llama la atención en estas prácticas fúnebres, es la idea que tienen, del modo de hacer reunir las ofrendas á los muertos.

El fuego, es el vehículo que emplean más comunmente, así, pues, la ropa, los útiles, la comida, etc., pasan por él, para que en forma de humo ó espiritual, se eleve hasta las regiones en donde supone more el alma; y no es extraño que en otro tiempo, al sacrificarle algún animal, lo hayan también quemado; lo que hoy ya no hacen con el perro, por ejemplo, puesto que esa operación dura mucho tiempo, y los Calchaquíes actuales han tratado seguramente de abreviar sus ritos, para ocultarlos mejor de esta manera á la vista de los profanos, por no aparecer como idólatras.

Pero, de cualquier modo, este culto á los muertos no deja de tener su gran fondo de sentimiento, y explica de un modo indiscutible la creencia de que los Calchaquíes, han tenido de la inmortalidad del alma.

(1) *Chuchoca*, es el choclo ó maíz verde secado en el horno, para ser empleado después como el maíz común, y cocinado en locro.

SIEMBRA

Para las siembras, lo mismo que para las siegas, trillas, deshojadas de maíz, etc., y demás faenas rurales, cuando éstas son hechas en casa de los pequeños propietarios, no faltan comedidos que se prestan voluntarios, gracias á las fiestas, que se suceden inmediatamente á ellas, ó son inherentes á las ceremonias que con ese motivo se practican.

Para empezar la siembra, el dueño de casa se provee de dos toritos de barro cocido y de color rojo ya sueltos ó sobre una plancha de arcilla del mismo color; estos deben tener dos aberturas una en el lomo y otra en la boca; el tamaño varía entre veinte y treinta centímetros cada uno.

Dentro de uno de estos echan aguardiente y dentro del otro chicha de maíz.

Además, hacen otro torito del mismo tamaño, pero de *llicta*.

Llegado el momento de la siembra, y hallándose todos los sembradores reunidos, y adornados con cintas, flores, moños de diversos colores, etc., tanto los hombres como las mujeres, el dueño de casa carnea el torito de *llicta* y reparte á cada uno un pedacito para que coqueen.

Luego, se dirigen hacia donde se hallan amontonadas las espigas de maíz destinadas á proporcionar el grano que se va á sembrar, y con los dos toritos de barro cocido, las rocían de aguardiente y chicha, haciendo derramar estas bebidas por la boca de estos animalitos; desparramando al mismo tiempo sobre el montón, un poco de coca y *llicta*.

La faz cristiana, no falta tampoco en esta ceremonia, pues la derraman también un poco de agua bendita, mientras los presentes bendicen la semilla.

Terminada la ceremonia, las mujeres se reparten las espigas y los hombres se hacen cargo de los arados que ya se hallan con los bueyes uncidos; adornados con pañuelos de colores en los cuernos, coronas de flores, ramas de sauce, etc., empezando la apertura de los surcos, dentro de los cuales las mujeres derraman la semilla que van desgranando de las espigas que llevan.

Concluida la siembra vuelven todos á la casa habitación en donde *chancan el gusano*, esto es, hacen una gran merienda, bebiendo mucha chicha y terminando la fiesta con un gran baile.

En la quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, la siembra se efectúa con otras ceremonias:

Ante todo, en una olla especial, cocinan un locro de maíz y librillo de vaca, que llevan al rastrojo, y allí con unos platitos gemelos sacan parte de éste y lo derraman sobre las espigas de maíz destinadas á la siembra; igual cosa hacen con chicha y aguardiente que previamente han colocado dentro de dos *Yuritos*, ó cántaros pequeños de boca angosta y también gemelos, á lo que llaman *Kospanchar*.

El resto de la comida y bebida junto con los platos y Yuros, es enterrado en el centro del rastrojo con un poco de coca *llicta*, y mientras derraman la bebida, el más viejo, que es el encargado de la operación, dice las siguientes palabras sacramentales:

Pacha mama, Santa tierra
Kusiya Kusiya

lo que traducido libremente, es ni más ni menos una invocación á la *Pacha mama* para que les vaya bien en la cosecha.

Terminado esto comen todos en el mismo rastrojo, hecho lo cual salen á sembrar del mismo modo, y con los mismos adornos que en la siembra ya descrita del valle Calchaquí.

El viejo que ha hecho la ceremonia monta á caballo y desparrama, cantando y gritando, los marlos del maiz sembrado, por la orilla del rastrojo á fin de preservar la futura sementera del avance de los loros.

Concluida la siembra empieza el *Güaipaucho*, que consiste en correrse mutuamente, tirándose al rostro barro de diversos colores, blanco, negro, colorado y amarillo, del que previamente cada uno se ha provisto.

Como las sementeras tienen muchas veces que hacerse á orillas de los ríos ó arroyos á causa del agua ó de las condiciones mejores que pueda presentar ese lugar, y como aquellos muy fácilmente se llevan con el ímpetu de sus crecientes en las grandes avenidas, porciones de tierra cultivada, resulta que para evitar eso, les hacen reparos de rama, piedra, etc., á fin de desviar la marcha de las aguas ó amortiguar su choque.

Ahora bien, ellos no creen en la eficacia de estos reparos, si pre-

viamente no se les ha puesto en los cimientos cabezas de chancho y cáscaras de huevo con sal.

Cuando trillan el trigo, operación que allí hacen por medio de yeguas que lo pisotean en la era, y necesitan aventarlo para separar el grano de la paja; si por casualidad en ese momento no corre viento, tienen la supertición que llamándolo, éste acude solícito.

Para ésto levantan un pañuelo sobre un largo palo y empiezan á dar silbidos prolongados, y, creo también, dicen algunas palabras misteriosas que no he podido recoger.

Este procedimiento es idéntico casi al empleado por algunos marinos de buques de vela, y no es extraño que la superstición sea de origen español. Cuando se desencadena alguna tempestad cargada de granizo, el enemigo mortal de las cosechas, los que se ven perjudicados, no sabiendo cómo librarse de él, hacen cruces de ceniza en el suelo ó echan á rodar por la tierra huevos de gallina, á fin de aplacar la furia de los elementos.

LA YERBA EN LAS CUMBRES

Cuando se van á señalar las cabras, entre las gentes de los cerros se hace una gran fiesta; el dueño de los animales prepara bastante bebida y comida é invita á todos los parientes y amigos para el día indicado.

Si alguno de los invitados tiene un San Marcos ó un San Juan, lo lleva á la fiesta para que sirva de protector de la majada, como abogado de los animales, según ellos; como ya se ha dicho en el capítulo de las *Ceremonias religiosas*.

Una vez reunidos se sientan al rededor de una mesa, sobre la cual hay puesta abundante coca. Cada uno dice: « con permiso » y se sirve una porción, empezando á separar las hojitas enteras. Todos hacen los mismo hasta que ya no queden más sobre la mesa.

Entonces, cada cual procede al recuento de las hojitas que ha separado y contando cien por cada hoja las entregan al dueño de la casa diciéndole: «En nombre de San Marcos le doy trescientas, cuatrocientas, etc., » con lo que quieren significar el deseo de ver aumentada la majada.

El dueño de casa recibe estas hojitas en su chuspa, que es la bolsa en donde coloca la coca para su uso.

Estos ofrecimientos, generalmente, se hacen con relación, es decir con versos dirigidos al dueño ó á la dueña de casa, mientras tanto todos los concurrentes coquean.

Terminado este acto se dirigen al corral para dar principio á la señalada; los compadres del dueño de casa, que son los encargados de la operación en este caso, eligen un cabrito y una cabrita ó un cordero y una oveja, ó un ternero y una ternerita, según la hacienda que haya que señalar ó marcar, con el objeto de casarlos.

Para ésto, los adornan con flores y borlitas de lana de colores vivos colocándoselas en el pescuezo, en los cuernos, etc., y en seguida tomando uno el compadre y otro la comadre, los hacen abrazar, dándoles á tomar un poco de chicha y aguardiente y poniéndoles en la boca unas hojas de coca. Con un poco de tierra que levantan del corral, les hacen una cruz en la frente dándoles la bendición con estas palabras : «En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, que dios te haga buen cristiano y te dé su santa bendición.»

Concluido este curioso casamiento, reminiscencias de los idénticos que harían en otra época con las llamas; los compadres señalan las cabras, y con la sangre que mana de las orejas mutiladas tiznan un poco la cara de la dueña de casa, según dicen, para salud de ella y de la majada.

Entonces el dueño de casa dirigiéndose á los presentes, habla en estos términos :

«*Señores : servicio tero huahaíchi*[1] *túcui*[2]»
«*cáibi*[3] *tiahjcuna*[4] *yanapahuaichi*[5]»
«*sisachaita*[6]. »

Cuya traducción es la siguiente :

Señores todos[2] *los que*[4] *están aqui*[3]
haganme[1] *el servicio de ayudarme*[5]
á florear[6] *(1).*

(1) Esta palabra florear, es decir adornar, es seguramente la que empleaban antiguamente cuando procedían á señalar las llamas, á las que sólo perforaban las orejas, al objeto de colocarles un adorno de lana de colores diversos, según el gusto del dueño del rebaño.

Por atavismo la han aplicado también á las señaladas de cabras.

Dicho lo cual, todos empiezan el trabajo de señalar, entregando al dueño de casa los pedazos de las orejas, las que va guardando dentro de la chuspa de coca.

Terminada la señalada, hacen aspersiones con aguardiente y chicha dando todos vuelta alrededor del corral; luego rezan el credo de rodillas con los brazos abiertos en cruz, y sueltan después el ganado hacia el lado donde sale el sol, para que nazca mucho más; tirándoles por detrás piedras, el acullico de coca, y gritando á la vez: tropa, tropa, tropa, tropa.

Luego, vuelven á incarse, rezando otro credo en cruz, y después, cada cual levanta una piedra del suelo, haciendo con ellas un montoncito, en el lugar en que se han parado, después de haber acompañado á la tropa, más ó menos como media cuadra.

Hecho el montón de piedras, se dan todos la mano, felicitando al dueño de casa y haciendo votos para que el año venidero tenga un buen aumento, y vuelven á la habitación, en donde les espera abundante chicha y baile.

Al día siguiente, el dueño de casa, acompañado de los que aún quedan, busca un hormiguero en el que entierra los pedazos de orejas junto con las hojitas de coca, que le han obsequiado y parte del resto del festín del día anterior.

En algunos puntos, como ser en *Amblayo*, cuando se trata de marcar animales grandes tienen la costumbre, una vez terminado el trabajo, de hacer acostar en el suelo á los hombres y mujeres, de á dos por vez, de modo que el hombre cruce la pierna por sobre la de la mujer.

El marcador con la marca empapada en pintura roja se acerca á ellos y se las aplica ya sea sobre la ropa, ó ya sobre un pedazo de cuero que trae exprofeso.

Además de esta ceremonia que tiene mucho de inmoral, tienen otras del mismo género como la de derribar al dueño de casa, y hacer el aparato de castrarlo, echando á rodar grandes zapallos, como si fuera los testículos extraídos y volcando sobre él, botellas de bebidas para significar la sangre derramada durante la operación; todo ésto, naturalmente, en medio de risotadas generales.

Estas costumbres obscenas, son, con seguridad, rezagos de algún culto fálico, en el que no serían ajenas ciertas bacanales de color más subido que las que hoy practican; bacanales que debieron efectuar durante cierta época, cuando necesitaban ayudar á las llamas machos en sus funciones de reproductores; y por algo fué que un

obispo de Chuquisaca, creo, lanzó una pastoral, allá por los tiempos coloniales, en la que prohibía la intervención de los hombres, bajo pena de excomunión mayor, en la faena antedicha.

En todas estas yerras separan también las *Illas*, que son animales del sexo masculino, que castran y están destinados á ser las *Mascotas* del rebaño.

Muy difícilmente matan una de estas *Illas*, porque creen que haciéndolo, traerían sobre la majada ó tropa, la desgracia.

Las *Illas* pueden también ser objetos; así, pues, guardan religiosamente, parte de la lana de la primer vicuña que cazan en un año, lo mismo hacen con la del primer guanaco, el primer cuero de chinchilla que matan, las plumas de ciertas aves; todo ésto se conserva en ataditos junto con un poco de coca, para que les sirva de talismán.

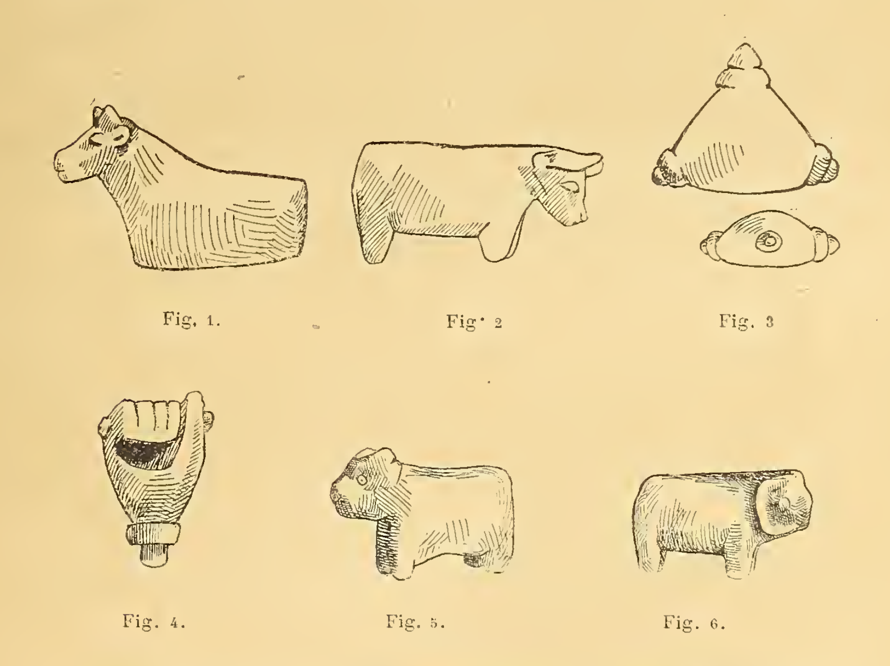


Fig. 1. Fig. 2 Fig. 3

Fig. 4. Fig. 5. Fig. 6.

Lo mismo hacen con las cabezas de los animales que cazan, los cuernos de las cabras que carnean, y las primeras mazorcas de maíz que recogen, sobre todo, si estas tienen güachos, es decir, si están rodeadas por otras abortivas.

Además, cada dueño de rebaño no deja de tener algunos fetiches de piedra, los cuales representan toscas figuras de animales.

Estos son de importación boliviana, pues los Coyas Yungueños, esos que bajan con remedios para la venta, son los que los traen, vendiéndolos á buenos precios.

Las figuras adjuntas representan algunos de estos fetiches, la mitad del tamaño natural, los números 1 á 4 pertenecen al Museo Nacional, cuyo director, mi buen amigo el doctor Cárlos Berg, ha tenido la benevolencia de permitirme su publicación, que resulta tanto más interesante, cuanto que muchos de ellos se hallan mezclados entre las colecciones de antigüedades calchaquíes; pues más de uno, de las gentes de por allí, los compran para venderlos á su vez como hallados en las excavaciones.

Los números 5 y 6 me fueron regalados en el distrito de Seclantas, habiéndoseme ofrecido varios otros en venta en diversos puntos, como auténticos.

Wiener da tambien un dibujo de estos fetiches, en su obra *Perú y Bolivia*, página 678. Con esta leyenda: « *Carnero de piedra de Huamanga*, trabajo de los aficionados de Ayacucho, imitación de los trabajos indígenas de la antigüedad ».

En la obra de los señores Von A. Stübel, W. Reiss y Koppel *Kultur und Industrie Sud Amerikanischer volker*, vol. II, plancha 27, se hallan también dibujados dos fetiches de estos: La mano, figura 16, y el Carnero, figura 17, como procedentes de La Paz (Bolivia).

CARNEADA DE ANIMALES

Entre la gente de los cerros, cada vez que se trata de carnear un animal ya vacuno ó ya cabrío, es un asunto serio.

Como ellos viven, puede decirse, en íntimo consorcio con sus animales, les toman un cariño entrañable; así, no es raro que cuando se vaya á sacrificar alguno, no falte quien llore, sobre todo las mujeres.

Difícil en alto grado es el conseguir que vendan una cabra, por ejemplo; para ello encuentran siempre algún pretesto y si la tropa se compone de cincuenta, las cincuenta tienen algo que alegar en su favor; unas porque son las *Illas* del rebaño, las otras porque son huachas, criadas por la cabrera ó la dueña de casa, las otras por ser hija de tal cabra que no tuvo más que esa, ó de la otra, etc.,

las que restan por ser de propiedad del hijo tal ó cual, ó porque se crió con la criatura menor, etc., de modo que el remedio que queda es matar en algunos casos, de un tiro, á la que parezca mejor y abonar su importe una vez muerto el animal, de ese modo se evitan rodeos, discusiones, etc., y sobre todo el quedarse sin comer (1).

Esta repugnancia de vender ó matar las cabras se explica fácilmente, cuando se observa el modo que tienen de criarlas: en los cerros se encuentran á cada paso las pastoras detrás de las cabras, todo el santo día, mientras estas pasen saltando de piedra en piedra. Allá solas, ellas viven de la leche que les proporcionan y de un poco de maíz que llevan del bajo.

A la oración, juntan el rebaño y lo encierran en el corral, donde pasan la noche entre los pintorescos balidos de los chivos, que oídos á esas horas parece conversaran entre ellos.

Así, las pastoras se familiarizan tanto con sus cabras, hasta el punto que estas la conocen y se dejan agarrar impunemente por ella, lo que no sucede con otras personas.

Durante la época de la parición, á la caida de la tarde, se ven llegar á las pastoras detrás del rebaño, cargadas con dos ó más cabritos recién nacidos y es curioso ver la solicitud con que los tratan, y cómo se preocupan de hacerlos mamar en las madres, que por lo general, cuando son nuevas, parecen hacer poco caso de sus crías.

Si por cualquier caso una pastora es separada de su rebaño, y se le da un trabajo que no sea ese, la invade la nostalgía inmediatamente.

En un lugar llamado *Cachi adentro*, cerca del pueblo del mismo nombre, tuve ocasión de conocer á una pastora que habiendo sido relevada después de diez años de servicios, se había enfermado de nostalgía, hasta el punto de caminarse todas las tardes legua y y media, hasta la casa de una tía suya, con el solo objeto de dormir cerca del corral de las cabras, porque de otro modo no podía conciliar el sueño.

(1) A todo esto hay que agregar este otro pretesto que refiere el señor Lafone Quevedo en su *Londres y Catamarca*, página 117.

« Los indios tienen una superstición que los indispone á vender cabritos ó corderos, sea porque no quieren vender ó porque realmente creen que así sucediera, lo cierto es que ellos invocan la disculpa que si sacan un animal de estos á la tarde, irá á menos la majada, y con ello por pretesto no venden nada. »

Por estas razones, la muerte de una cabra produce un gran dolor entre aquella gente sencilla.

Para carnearla, la colocan de este á oeste, mirando hacia el primer punto; les dejan las patas libres, para que patalee con soltura, porque dicen que así el espíritu va á reunirse más ligero con la majada, y de ese modo no se disminuye el procreo.

Al degollar el animal, tratan de cerrarle la boca, para que no grite, y la primer sangre que brota de la herida, es recogida con la mano, y con ella se le pasa sobre los ojos para que ya no vea.

Al mismo tiempo, la mujer que eso ha hecho, hace aspersiones de sangre á los cuatro vientos diciendo unas palabras que no he podido conseguir me dijeran, y sólo me han referido que las dicen para que venga más aumento en el rebaño.

Cuando el animal está por expirar, la mujer le acerca la chuspa de coca en la boca, para recoger dentro de ella el último suspiro.

Es curiosa esta costumbre, pues parece que quisieran incorporarse el alma de la cabra al recogerla en la chuspa de la coca que después han de mascar.

Si el animal sacrificado es grande, un vacuno, por ejemplo, después de haber hecho con él las mismas ceremonias, tiznan la puerta del rancho con la sangre, pintando una cruz; otros además entierran, en los cuatro ángulos de la casa, una porción de sangre, porque dicen que la casa es muy hambrienta, y que hay que darle de comer así, para que nunca falte allí el alimento.

LA CAZA DE VICUÑAS

Para cazar estos graciosos rumiantes, los calchaquíes tienen un sistema muy curioso.

Llegada la época determinada, se reunen los cazadores, dividiéndose en compañías que son mandadas por un capitán, nombrado por ellos mismos, y al cual obedecen ciegamente.

El capitán pasa revista á su gente, y después de haber hecho observar cuáles son los cerros más ricos en vicuñas, el día señalado se dirigen á uno de éstos, provistos cada cual de un atado de estacas y de una larga cuerda de lana, la que tiene, de trecho en trecho, colgadas cintas de colores vivos.

En la base del cerro, los cazadores forman, y el capitán haciendo un agujero en el suelo, hace que todos depositen en él una ofrenda de coca, cigarros, *llicta*, mientras él, derramando un poco de aguardiente, pronuncia la siguiente invocación á la Pacha mama para que le sea propicia en la cacería (1).

Pacha mama — Santa Tierra
Kusiya Kusiya
Vicuñata cuay
Amá-mi-cha-uáicho
Fortunata cuay
Amáon-cori-uáicho
Kusiya Kusiya.

Cuya traducción libre es :

Madre del Cerro y de la Santa tierra
Haz tu que nos vaya bien,
Dános vicuñas y no nos las mezquines,
Dános Fortuna y no nos hagas enfermar (apunar)
Haz tu que nos vaya bien !
Haz tu que nos vaya bien !

Concluida está invocación, se deshace la *Kacha Kuna*, ó junta de gentes, levantando cada uno del suelo sus estacas, cuerdas de lana, boleadoras, en una palabra todos los útiles de caza que previamente habían depositado en tierra, alrededor del agujero, para mayor solemnidad de esta ceremonia.

El agujero se tapa, y cada uno, según las órdenes que ha reci-

(1) Esta invocación debería hacerse más bien al *Llastay*, que es el dueño de las *Aves*, nombre genérico que aplican á toda caza.

En el valle Calchaquí de Salta, parece que el *Llastay* ha sido poco á poco suplantado por la Pacha mama, y se comprende, puesto que el *Llastay* es más bien numen de llanura, según se ve en lo publicado por el señor Lafone Quevedo, en su interesantímo *Culto de Tonapa*.

« Llastay, en los llanos y valles, es el que preside en todo y es « dueño de Aves » y amigo del cazador, que lo propicia con coca, maíz, tabaco, *llicta*, co n harina de chaclión ó maíz de escobas. »

« Así, pues, en aquellos parajes, no es extraño oír su invocación á algún paisano, con estas palabras : « *Viditay el Llastay* », cuando cerca de él aparece algún avestruz, liebre ó guanaco. »

bido del capitán, ocupa su lugar en la gran guerrilla que despliegan en la base del cerro.

Á una señal del capitán, todos, así desplegados, empiezan á trepar, y á cierta altura van clavando estacas y tendiendo la cuerda, formando así un inmenso corral, que tiene por objeto encerrar en él las vicunas que se hallan en la cumbre.

Como si se tratara de una evolución militar, el círculo va estrechándose poco á poco.

Las vicuñas, ariscas como son, disparan para huir de las gentes que se aproximan, pero al llegar á las cuerdas, cuyos colgajos de colores flotan con el viento de las cumbres, retroceden asustadas sin atreverse á saltar aquella débil valla.

Cuando el círculo se ha cerrado, entran los cazadores, á pie ó en mulas, y lanzando sus terribles boleadoras, derriban á los desgraciados animales, que inmediatamente son degollados sin misericordia.

Concluida la matanza, el capitán reparte equitativamente lás presas, cuyos cueros son vendidos á los acopiadres ó beneficiados por los mismos cazadores, que hilan su delicada lana para tejer los tan renombrados ponchos de vicuña ; charqueándose también la carne, que conducen á los hogares, para el sostén de sus respectivas familias.

En la invocación á la *Pacha mama*, se le pide que no los haga enfermar ; esta palabra debe interpretarse en el sentido de *apunarse*.

La enfermedad de la *puna*, es la conocida bajo el nombre de mal de montaña, esto es, la rarefacción del aire que allí se siente y que en esas alturas, con el ejercicio violento que los cazadores tienen que hacer, es fácil que los ataque, habiendo sucedido casos en que alguno no pudiendo resistirlo, ha muerto de sus consecuencias.

Para evitar esto usan mucho el ajo, cuyas cabezas llevan, mascando de vez en cuando un diente, dicen que es un remedio eficaz; todos emplean también la coca, y algunos cuando sienten los primeros síntomas, se echan al suelo de barriga y comen tierra.

Algunos otros, como preservativos, se restregan las manos y las tibias con tierra que sacan de debajo de las piedras.

ARACHETA

Viajando por los cerros, se notan en las abras (1) ciertos montículos de piedra, en los cuales se ven abundantes hojas de coca, que se conoce han sido arrojadas allí por los viajeros.

A estos montículos se les da el nombre de *Apachetas*, y raro es el viajero calchaquí, que al pasar por delante de ellos, no se despoje de su acullico y allí lo deposite.

Si en ese momento el viajero no viene coqueando, levanta una piedra del camino, y con ella aumenta el montículo de la Apacheta.

Esta ceremonia, que tiene por objeto el propiciarse un feliz viaje. me llamó fuertemente la atención, pues es idéntica á la practicada entre el pueblo guaraní del Paraguay.

Allá, las *apachetas* se han cristianizado, puesto que se forman siempre al pie de las cruces que orlan los caminos, debajo de las cuales hay enterrado alguno.

Los viajeros, al pasar por ellas, no dejan de levantar un guijarro y depositarlo allí, á fin de llevar buen viaje, ó es decir, que el alma del muerto le allane las dificultades del cámino (2).

En Salta, he observado también la cristianización de una *apacheta*; me refiero á la que se halla en el abra de las Tres Cruces, en la quebrada de las Conchas.

En ella, parece que alguien, *in illo tempore*, depositó una pequeña cruz, quizá con la intención de desviar hacia el lado cristiano esa práctica pagana; pero sucedió con esto el fenómeno más curioso de pertinacia, pues todos los viajeros, ya no lanzaron sobre ella su acullico, ni pusieron más piedras, en cambio, cada uno colocó allí una pequeña cruz de palitos; por eso hoy ese punto se llama las Tres Cruces, aún cuando haya más de 500 sobre la tal apacheta, en su mayor parte destruidas, pues con los elementos

(1) Abra es el nombre que dan á los cuchillones altos que se hallan en los portezuelos de los cerros, y que dividen las aguas en dos vertientes.

(2) Sobre este punto, me extiendo más en mi trabajo: *Nuevos materiales para el Folk Lore Misionero.*

se pudre el hilo con que atan los palitos, y el transversal cae, encargándose el viento de derribar el vertical que queda en pie.

¿Esta curiosa costumbre, y otras iguales, en Salta y en el Paraguay, no serán un rastro dejado, por una de esas invasiones caribico-guaraní que entraron por estas regiones?

Ya que se trata de supersticiones respecto de viajes, hay que hacer notar, que muchos, antes de emprenderlos, hacen su invocación á la *Pacha mama*, con la libación y ración de coca correspondiente.

Otros, hacen la *Cachapaya*, es decir, un baile la noche antes de emprender viaje.

Algunos, si en el camino se le aparece un zorro del lado derecho, lo toman como un buen augurio; pero si les sale á la izquierda, la mala suerte dicen que es casi segura, y no han faltado supersticiosos en alto grado que se han vuelto por esta razón, convencidos de que la fatalidad tenía que pesar sobre ellos durante el viaje.

En el libro de Wiener, encuentro algo parecido á la práctica de arrojar el acullico sobre las Apachetas: me refiero al pasaje en que dicho autor cita durante su viaje á las Ruinas de Tiahuanaco, al tratar de la cabeza monolítica de pórfido, que se halla entre este punto y La Paz.

Según él, es costumbre de las gentes de por allí, que al pasar delante de ella, le arrojen un puñado de lodo á fin de conjurar la influencia funesta que le adjudican.

Las apachetas actuales, ¿no serán en su modo, altares elevados inconscientemente á genios adversos, que suponen moren en las abras para fastidiar al viajero?

Sería interesante averiguar eso; por mi parte, confieso que no me ha sido posible el hacerlo, pues todos, á mis preguntas, no dieron respuesta satisfactoria, y la mayor parte sólo me dijeron que si ellos echaban allí su acullico era por costumbre, lo que siendo probable, no es una razón que satisfaga.

EL FAROL

En todo el valle Calchaquí, tienen la creencia arraigadísima de la existencia de fabulosos tesoros escondidos, ó *Tapados*, como allí los llaman.

Historias complicadísimas sobre ellos corren de boca en boca y de pueblo en pueblo, hay algunos tapados que se han hecho famosos, como el de las Casas Blancas, cerca de Cafayate, el del Zorito, en la quebrada de las Conchas, el de la *Pirgüa*, en Pampa Grande, el de las Flechas, en San Carlos y Molinos, y un sinnúmero de otros que, á ser verdad su existencia, no bastaría todo el oro y la plata del mundo entero, para llenar esos entierros imaginarios.

Muchas personas, llenas de candidez y deseando hacer fortuna rápida, han invertido grandes capitales en la busca de estos tapados, como es natural, sin resultado.

Las leyendas sobre ellos parten generalmente de un negocio, el que parece ha estado muy en boga en el Perú algunos años atrás.

Los troperos y vendedores de mulas que llevaban sus arrias y tropas á vender á aquella República, cuando había mayor comercio terrestre, antes de la construcción del ferrocarril de Antofagasta, eran en su mayor parte Vallistas, es decir, habitantes del valle Calchaquí.

Realizado su negocio, y en víspera del regreso, no faltaba algún amigo que conocía á otra persona que poseyendo el secreto de un tapado, y no pudiendo ir personalmente á extraerlo, deseaba venderlo á un precio módico.

Se trataba, por ejemplo, de tantas cargas de plata, el número generalmente era de treinta, y dos ó tres de oro, según rezaba en el derrotero: que un fraile había dado á una vieja, y que ésta, al morir, había legado á otro, y éste á otro, y así sucesivamente á varias personas que nunca tuvieron el momento de poder ir á desenterrarlo.

¿Quiénes eran los autores del entierro?

Naturalmente, siempre los españoles, los que conduciendo cau-

dales para el Rey de España, no quisieron exponerlos á que cayesen en manos de patriotas sublevados, y por eso los enterraron.

Los troperos cándidos, con la cabeza llena de estas leyendas, oídas referir desde su niñez, y sin reflexionar un instante en que toda esa historia no podía ser sino una patraña: porque los caudales del Rey no venían solos, sino con una buena escolta y, por lo tanto, secreto que pasa de dos personas ya no lo es, y siendo imposible que entre tanta gente, alguno no hubiese venido poco después á desenterrar el Tapado; y sin tener en cuenta otras mil razones que opone el buen sentido á estas historias; pero, acariciando la idea de dar con un rico filón de Fernandinos y onzas de oro, caía en el garlito, y por 300, 400 ó 500 pesos que desembolsaba gustoso, se hacía dueño del mugriento papel que se le ofrecía, bajo el nombre seductor de Derrotero.

Ahora bien, todos los tapados, según ellos, emiten una luz especial, una especie de fuego fátuo, producto de ciertos gases que emiten las riquezas enterradas, y á lo que dan el pintoresco nombre de Farol.

El día de San Bartolomé, es el más propicio para verlo, puesto que en esta fecha es cuando se presenta mejor el Farol de los Tapados, quizá por obra del diablo, porque es creencia que es el único día en que Lucifer se vé libre de los *detectives* celestiales y puede hacer impunemente de las suyas.

La luz del Farol es temida por los indios, porque creen ver también en ella el alma de algún difunto; con los metales nada tiene que hacer: la química hasta ahora no ha descubierto gas alguno que puedan emitir los tesoros enterrados; pero la superstición popular lo ha creado, asociando en un conjunto abigarrado: el ansia de hallar riquezas, el temor á los fuegos fátuos, los fenómenos eléctricos que se observan en las alturas, y hasta la luz fosforescente de los insectos luminosos, todo mezclado, confundido y que al pasar por su cerebro, ha dado como producto: el farol,

No sólo en los valles Calchaquíes hay esta creencia sobre este famoso gas; en el Paraguay, muchas veces he oído hablar de él, pero allí, la superstición le ha adjudicado otro rol: el de ser venenoso.

Cualquier entierro, nombre que allí dan á los Tapados, es necesario antes de extraerlo dejarlo tomar aire, pues el tufo que despide al principio, forzosamente mata.

Á pesar de sus diversos efectos, el gas de los tapados existe en la superstición de los dos pueblos, y sería interesante averiguar cuál es el origen de esta creencia.

Yo creo que no debe ser otro sino el de salvaguardar de la profanación á los restos mortales de los antepasados.

La creencia Calchaquí de que los cerros se enojan y desatan temporales y nevadas, cuando se va en busca de tesoros, es igual á la misma que tienen cuando se remueven las Huacas ó sepulcros.

El gas que alumbra Cachalquí, persiguiendo á los atrevidos que se acercan á sus dominios, fenómeno propio de los fuegos fátuos, es sinónimo del otro gas, prohibitivo también de los guaranís, que mata al desenterrar las botijas con metal, que resultan ser, casi siempre, urnas funerarias conteniendo restos humanos.

Estas ideas antiguas de respeto á los huacas ó sepulcros, tanto calchaquíes como guaraníes, los que no conocían el valor de los tesoros, fueron después de la llegada de los Españoles, ávidos de ellos, adjudicadas por la fuerza de la herencia á los tapados ó entierros.

CASAMIENTO — COMPADRAZGO

Los casamientos se efectúan con pocas ceremonias, concluido el acto religioso, los padres y padrinos abrazan á los novios y en seguida montan á caballo y se dirigen adonde se ha de festajar este acontecimiento.

El novio para ese día ha ensillado su mejor caballo con las prendas de plata que puede tener, y generalmente lleva á su novia en ancas.

El cortejo, casi siempre numeroso, marcha llevando buena provisión de cohetes de la China, para quemarlos al llegar á la casa.

Cerca ya, salen otros invitados á recibirlos, todos á caballo, que lanzan á gran carrera, en medio de una gritería infernal yendo y viniendo desde la casa á los novios, siempre con la misma furía.

De estos, unos llevan pañuelos de colores atados á unos palos, que hacen revolear en el aire á guisa de banderas, y otros trayendo, bajo del brazo, un gallo ó gallina, las hacen gritar arrancándoles puñados de plumas, que lanzan entre descomunales vivas á los novios.

Los gritos, los vivas, el ruido de las carreras de los caballos, el polvo que ellos levantan, los colores vivos de los trajes y banderas, todo mezclado en medio del estampido seco y continuado de los cohetes, forman un conjunto sumamente pintoresco y original.

Al mismo tiempo, dos personas á pie se adelantan sosteniendo un arco adornado con cintas y flores, bajo del cual se colocan los recién casados, marchando hacia el interior de la pieza destinada á la fiesta, donde se sientan, siempre bajo del arco que los ha acompañado, permaneciendo allí á la espectación de todos, que los felicitan y se divierten á su salud, bailando zamacuecas ó gatos, al són de un bombo ó haciendo libaciones repetidas con la aloja ó chicha, que se ha preparado al efecto y uno que otro trago de aguardiente.

En los aniversarios del casamiento, pero principalmente en el día del santo de alguno de los cónyuges, éstos acostumbran á colgarle del pescuezo al padrino un rosario, aceptado lo cual, es un compromiso para que corra con todo lo concerniente á la fiesta, esto es, que cargue con los gastos que ella origina, gastos que se reducen á la mayor ó menor abundancia de bebidas, chicha, aloja, aguardiente, vino, según los posibles del padrino.

Entre los parientes, no falta también alguno que, entusiasmado por cualquier causa, eche su gallo, constribuyendo también con su cuota pecuniaria á fin de que siga la jarana.

Inútil es decir, que tanto el padrino que ostenta la condecoración del rosario colgado en el pescuezo, así como también el que haya echado gallo, son objeto de mil cuidados y atenciones por parte de los festejados y festejantes, principalmente de éstos últimos, que cada momento les brindan bebida en *obligos* repetidos (1)

Los compadres tienen entre ellos una ceremonia muy curiosa, á la que dan el nombre de *Topamiento*.

Los dos jueves antes de Carnaval son los indicados para el topamiento, el primero llámase de compadres, y el segundo de comadres.

Prevenido con anterioridad, é indicada en casa de qué compadre debe hacerse el topamiento, se prepara la fiesta.

En primer lugar, arman un arco que adornan con flores, yuyos y del cual cuelgan quesillos, rosquetes de formas diversas, como

(1) El obligo consiste en tomar invitando á otra persona á beber la misma cantidad con estas palabras : *tomo y obligo* á lo que contesta el invitado, *pago*.



J. B. AMBROSETTI, *Folk-Lore Calchaquí.*

Grupo de Calchaquíes en Carnaval.

(De fot. de la Sra. Anastasia C. de Cacciabue.)

ser pájaros, etc., y se proveen de abundante chicha y demás bebidas necesarias en estas ocasiones, así como también hacen una opípara comida para obsequiar á los que deben llegar.

Entre los preparativos hay que hacer mención de unas coronas de masa, que los compadres en ciertos momentos deben llevar.

Al llegar los compadres, se inicia un movimiento de gentes á caballo con banderas que hacen el papel de heraldos destinados á anunciar la llegada de los esperados.

Estos heraldos corren y se conducen del mismo modo que en la escena ya descrita de la recepción de novios.

Cuando están cerca, los compadres salen á recibirlos haciéndose tres saludos ó venias, como allí los llaman.

Al mismo tiempo, dos mozos solteros salen con el arco y se paran á cierta distancia, arrodillándose.

Los cuatro compadres se arrodillan debajo del arco, frente á frente, y colocando sobre las cabezas las coronas de masa, el compadre á la comadre y vice-versa.

A este topamiento, sigue una gritería atronadora de todos los presentes; mientras que los compadres, allí arrodillados, aprovechan ese momento para darse mutuamente las quejas que tengan uno de otro.

Después, todos se abrazan y entre ellos, antes de levantarse, se empiezan á arrojar al rostro almidón ó polvos de colores.

Cuando los compadres se levantan los festejantes se lanzan sobre el arco, y arrebatan cada cual, las masas, quesillos y rosquetes que se hallan suspendidos.

Luego, van á comer y la fiesta concluye como todas, en medio de cantos, golpes de bombo y de caja, baile y copiosas libaciones.
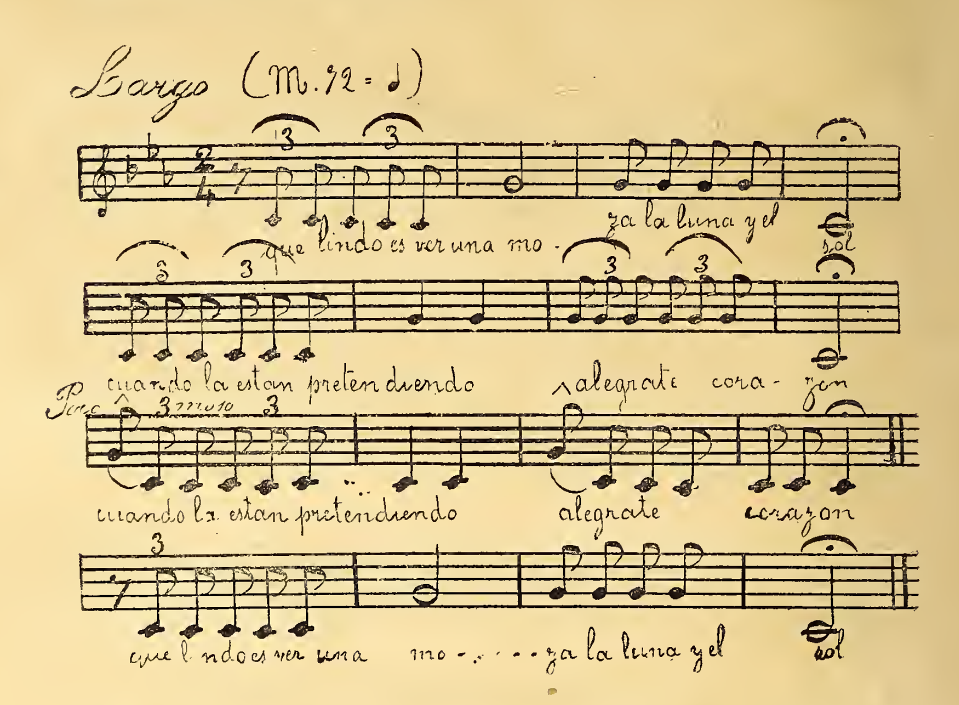
Así es cómo se topan los compadres.

EL CARNAVAL

En el valle Calchaquí, el carnaval se efectúa de un modo simple.

La gente se reune en pequeños ó grandes grupos, mujeres y hombres, muchos de ellos provistos de cajas ó tamboriles y precedidos de banderas de cualquier color, se dirigen de casa en casa

á cantar lo que ellos llaman el carnaval que es una especie de vidalita cuya música es esta (1):



Los versos se cambian todos los años y siempre son de la misma construcción; los adjuntos pueden dar una idea de ellos.

La música es de un ritmo cadencioso, que acompañan golpeando las cajas y nuncan la varían, á pesar de los años que transcurren.

En ella se nota un aire de tristeza infinita, y, en ciertos momentos, parece más bien que el resultado de mucha alegría, la queja de todo un pueblo que lamenta su pasado.

El sabor indio se nota á primera vista en esta melodía y no es extraño que, dada la persistencia con que siempre se canta, sea en su origen, la misma que en otro tiempo servía para referir las hazañas de los guerreros, ó intervenía en las diversas ceremonias del antiguo pueblo Calchaquí.

Cuando se viaja, no es raro oir este canto, y allá, entre los cerros, produce una extraña sensación de melancolía.

(1) Debo á mi amigo el maestro Clemente Greppi la traducción en música de esta vidalita.

Hombres y mujeres cantan en coro, y pasan horas y horas entretenidos en esto, repitiendo siempre la misma música, mientras hacen rodar de mano en mano los yuros de chicha ó de aguardiente, habiéndose previamente empapado á baldes de agua, ó desfigurado las caras y vestidos arrojándose puñados de almidon, harina, pintura de colores y otros proyectiles por el estilo con que juegan al Carnaval.

EJEMPLO DE LOS VERSOS CANTADOS

en el Carnaval Calchaquí

Qué lindo es ver una moza
« La Luna y el Sol »
Cuando la están pretendiendo
« Alegrate corazón. »
Se agacha y quiebra palitos
« La Luna y el Sol »
Señal que ya está queriendo
« Alegrate corazón. »

La chicha es buena bebida
« La Luna y el Sol »
El vino es mucho mejor
« Alegrate corazón. »
Y cuando veo aguardiente
« La Luna y el Sol »
Se me alegra el corazón
« Alegrate corazón. »

Las espinas de la higuera
« La pura verdad »
Con las hojas del cardón
« Vamos vidita debajo el nogal. »
Dicen que es santo remedio
« La pura verdad »
Para el mal del corazón
« Vamos vidita debajo el nogal. »

Miren allá viene el agua
« La pura verdad »
Alegando con la arena
« Vamos vidita abajo el nogal. »
Así han de alegar por mí
« La pura verdad »
Cuando me pongan cadena
« Vamos vidita debajo el nogal. »

Antes cuando yo te quise
« La pura verdad »
Eras una flor morada
« Vamos vidita debajo el nogal. »
Ahora que ya no te quiero
« La pura verdad »
Sois una cola pelada
« Vamos vidita debajo el nogal. »

TOMA DE POSESION DE UN TERRENO

El señor Arturo Laspiur, domiciliado en Cachi, me refirió la siguiente ceremonia que presenció en el departamento de *Guachipas*, en un lugar llamado *Otorunco.*

Se trataba de poner en posesión á una pobladora de allí, de una pequeña finca que había heredado.

Para este acto habían sido citados todos los arrenderos que vivían en dicha finca, para que conocieran á la nueva dueña ó propietaria.

Luego que el representante de la autoridad hubo terminado de leer el auto del juez y se retiró, el capataz de la finca dijo solemnemente : *esta es la patrona nueva,* á lo cual, todos se sacaron el sombrero respetuosamente.

A tanta cortesía, la nueva propietaria imperativamente les dijo : *váyanse de aquí,* siendo obedecida al instante.

Cuando estuvieron los arrendatarios á cierta distancia, los llamó con estas palabras : *vengan hijos*, á lo que sobre la marcha regresaron, dándole la mano y pidiéndole la bendición.

Después que los hubo bendecido cariñosamente, hizo extender un poncho en el suelo, sobre el cual se echó revolcándose varias

veces, arrancando al mismo tiempo yuyos y recogiendo piedras que tiraba á todos lados.

Esta ceremonia creo sea de origen español, puesto que los indios no han de haber tenido otras similares.

NOMBRES DE FAMILIA

Como dato filológico de nombres de origen Quíchua ó Calchaquí, á continuación van algunos que recomiendo á los filólogos para su traducción.

Todos pertenecen á los valles calchaquíes de Salta, sobre todo á su parte Norte, Molinos y Cachi, y son apellidos de familia.

Kakís
Mamaní
Sajama
Sulka
Djonar
Vilte
Guamuko
Guaimás
Guitian
Choke
Kolki
Kala
Kari
Kadjodja
Aramadjo
Korimadjo
Tarki
Taritolai
Kipildor
Vilka
Umakata
Djapura
Likin
Guari
Chiliguai
Kondorí
Tokonar
Djoruko
Puka Puka
Kuru Kuru
Pos Pos
Adjón
Djámpa.

Para estos nombres indios, empleo la ortografía aconsejada en cuestiones filológicas : K = Q. C — Dj = *y* nuestra en yuyo, etc.

JUAN B. AMBROSETTI.

Buenos Aires, diciembre 1° de 1895.